

Por último, junto a la interacción con otras identidades, esta obra muestra la centralidad que en la construcción y difusión de los imaginarios nacionales españoles bajo el franquismo jugó, como había venido ocurriendo desde el siglo XIX, la elaboración y popularización de narrativas y representaciones sobre la historia y el patrimonio cultural de la nación, cuestión que es abordada atendiendo a las representaciones femeninas de la historia de España (Blasco), a la centralidad de América Latina y de la época del «imperio» (Marcilhacy, Vicente Sánchez-Biosca), a la construcción de versiones regionales de la narrativa histórica nacional (Núñez Seixas, Molina), al papel en la «reinención» de la tradición y el «folclore» de diversos museos o de Coros y Danzas (Núñez Seixas,

Schammah Gesser), o, en fin, a la relevancia de las ruinas y espacios de memoria de la guerra civil en los discursos de los nacionalismos franquistas (Stéphane Michonneau y Vicente Sánchez-Biosca). En conjunto, el análisis de todas estas dimensiones hace de esta una obra imprescindible para una mejor comprensión tanto de las especificidades y conflictos de los complejos procesos de construcción de los imaginarios y representaciones de España bajo el franquismo, como de los canales y factores que contribuyeron a difundirlos socialmente, aportando asimismo interesantes hipótesis sobre los éxitos y fracasos del ambicioso proyecto de nacionalización impulsado por la dictadura, muchas de las cuales, sin embargo, deberán ser confirmadas o matizadas en sucesivas investigaciones.

Carlos Fuertes Muñoz
Universitat de València
carlos.fuertes@uv.es

PRADES PLAZA, Sara: *España y su historia. La generación de 1948*, Castelló de la Plana: Publicacions de la Universitat Jaume I, 2014, 392 págs., ISBN: 974-84-15443-56-8.

El tema del libro *España y su historia. La generación de 1948*, de Sara Prades Plaza lo podríamos situar en el ámbito de la llamada «política de la historia». Prologado por Ismael Saz Campos, es un estudio sobre historiografía, cultura política y discursos sobre el pasado en la España franquista de los años 40 y 50. No es este desde luego un tema novedoso ni es necesario que lo sea. Desde hace tres décadas aproximadamente, pero sobre todo en los últimos diez años, tanto especialistas como auto-

res ocasionales han reparado de modo creciente en que para estudiar la historiografía española del siglo XX —su proceso de modernización y difusión de los 50 hasta el presente— se requiere dilucidar el problema previo de los efectos de la Guerra Civil sobre las obras de historia, los historiadores y la cultura españolas. Y han puesto manos a la obra desde entonces. No quiere esto decir, por supuesto, que no sea necesario y conveniente el conocimiento de la historiografía anterior a la Guerra

—defendemos aquí su conveniencia—; pero este tema, hoy bastante explorado, encierra una problemática distinta que apuntaba en otra dirección cuando comenzaron esta clase de estudios; a saber: al modo en que surgió la historiografía profesional española, y a qué instituciones y elementos de las culturas políticas debió sus primeros pasos. Al menos quien escribe estas líneas de reseña, cuando comenzó a investigar la historiografía española de postguerra hace tres décadas, se dio cuenta que había que emprender un arriesgado viaje siguiendo la citada ruta: primero estudiar la historiografía de postguerra, la crisis en la que esta se vio envuelta durante esos años, y después dirigirse al momento de surgimiento de la profesión de historiador en España para detectar algunos de sus rasgos específicos y observar en todo caso sus cambios y la situación en la que esta se hallaba en 1936.

Con la presente publicación, las investigaciones de Sara Prades sobre el discurso histórico y político del catolicismo integrista de la llamada «generación de 1948» se han hecho, con derecho propio, un hueco en los estudios de historia de la historiografía española. El terreno que pisa la autora es sólido, y sus datos precisos y contundentes. La exploración de casi una decena de fondos personales del Archivo General de la Universidad de Navarra más otros tantos archivos españoles y extranjeros, los estudios de historia política editados en las dos últimas décadas, y los trabajos de especialistas en historiografía y enseñanza de la historia, le aseguran un terreno firme donde moverse, y le eximen de un viaje tan azaroso como el antes mencionado, aunque acaso no le libran de un conocimiento más detallado de la historio-

grafía anterior a 1936 que el que aquí se ofrece.

De todas maneras, en *España y su historia* hemos echado de menos obras esenciales. La de Yolanda Blasco Gil y María Fernanda Mancebo, por su tema específico, es acaso una de las ausencias más llamativas: *Oposiciones y concursos a cátedra de historia en la Universidad de Franco, 1939-1950*, Valencia, 2010. De nuestra bibliografía sobre el tema, la autora parece haber ignorado todo lo que hemos publicado sobre el tema en los últimos diez años, particularmente los capítulos 3 y 4 de *Apologia and Criticism: Historians and the History of Spain, 1500-2000* (Bern, 2010).

La autora se maneja, no obstante, en un terreno pujante como el de las culturas políticas. De él extrae el concepto de generación que usa, y gracias a él logra dar a la obra una unidad impecable, con una sugerente hipótesis que podría resumirse del siguiente modo: en un periodo (los años 40 y 50) en el que el franquismo estuvo atravesado por luchas decisivas entre monárquicos, falangistas y católicos de varias familias, tanto integristas como más integradores, las «instituciones historiográficas» se convirtieron en caja de resonancia de ese mosaico de culturas políticas, y los historiadores e intelectuales que giraron en torno a «la generación de 1948» lo representaron a la perfección. Sin embargo, el problema es cómo ocurrió este proceso; pues es a la hora de desarrollar esta hipótesis donde se observa la dificultad del tema y la tentación de simplificar demasiado; sobre todo en el capítulo primero del presente libro, cuando la autora hace un repaso por la historiografía española de las dos primeras décadas del franquismo (pp. 76-92).

Si entendemos por historiografía una noción amplia que abarca no solo la investigación histórica, sino también diversos usos y representaciones del pasado, hasta llegar a la categoría del panegírico y la propaganda, enseguida nos damos cuenta de que la relación entre cultura política y profesión de historiador es más compleja de lo que parece y el tema hubiera merecido una reflexión de conjunto que no hallamos en este libro.

No siempre, contra lo que se cree, la dependencia del trabajo historiográfico hacia la cultura política conduce al «abuso de la historia». No olvidemos que el principal logro de la profesión de historiador, del XIX para acá, ha sido el hallazgo de espacios de investigación, discusión intelectual y libertad de expresión, reconocidos política y socialmente; esto es, la adquisición de una autonomía respecto del poder político —pero también un reconocimiento de este— que apenas tiene precedentes en el pasado. Las culturas políticas por su parte, a través de las memorias políticas y los usos del pasado, desde el siglo XIX han podido aportar estímulos a la investigación, y estos surtir a su vez efectos beneficiosos, que han revertido en la modernización de la propia historiografía; pero esto ha ocurrido solo cuando la formación del historiador y las condiciones en las que este trabaja (tipo de obra histórica, marco institucional, acceso a archivos, «marco censorio», etc.) lo han facilitado. En los años de la posguerra española, el equilibrio entre el trabajo historiográfico y la cultura política se deterioró extraordinariamente: de un lado el envejecimiento de los historiadores de anteguerra, la Guerra y el exilio dejaron al colectivo sin sus mejores exponentes o estos se vieron marginados, un

vacío ocupado por una caterva de personajes muchos de los cuales aprendieron a ser verdaderos historiadores después de hacerse catedráticos, y no al contrario; de otro, el intervencionismo franquista sobre la cultura acabó de hacer el resto. El resultado es que la profesión historiográfica fue reconstruida casi desde sus bases: comenzó lentamente a adaptarse a los cambios sociales y culturales, pero arrastró a cambio un lastre de propaganda política, de memoria del franquismo proveniente de la Guerra y la postguerra (nacionalcatolicismo incluido), que tardó en diluirse y ocasionó enormes prejuicios. Esa pérdida de lastre político tuvo muchos matices, ocurrió en unas áreas más rápido que en otras, y en unos géneros antes que en otros, sin que faltaran por supuesto, ni siquiera en la postguerra, «autores independientes». Ahora bien, en los casos donde la memoria política fue más patente, como en los estudios de historia contemporánea, ese lastre se sintió prácticamente hasta en los años del tardofranquismo —recordemos aquí cómo, en el tema de la Guerra Civil, a finales de los 60 apareció una «escuela neo-franquista» que adaptaba la memoria del franquismo a la historiografía y que se prolongó durante la Transición (Ricardo de la Cierva, Vicente Palacio Atard, etc.)—.

El repaso que hace la autora por la historiografía de los años del primer franquismo es, decíamos, más simplista de lo debido (en la enumeración de obras y autores de pp. 180-182, se deleitan además varios errores, entre ellos el que convierte al profesor del Brooklyn College Maír José Benardete en «María J. Benardette»). Pero llama igualmente la atención el que la autora despache la historiografía anterior a la Guerra con la muletilla fácil de «posi-

tivista» (p. 77). ¿Cuál es la relación entre instituciones como el Centro de Estudios Históricos —o los historiadores profesionales de la época— y las culturas políticas del momento? La respuesta no la encontrará la autora en el término «positivista», que se refiere a un interés por las fuentes y los archivos profesionalizado en la segunda mitad del XIX y asumido por los autores franquistas. Tampoco la hallará en la existencia de una relación unívoca entre partidos e ideologías, de un lado, e historiadores de otros. La respuesta la encontrará acaso en la visión regeneracionista de la historia de España, en el interés por una «historia de la civilización española» (¿cómo calificar globalmente si no lo que pretendía el Centro de Estudios Históricos?) que rechazaba tanto la leyenda negra como la leyenda rosa; es decir, la denigración pero también la apología, y que estaba edificada sobre un sustrato decimonónico previo. El rasgo principal de este sustrato no es otro que el de la «nacionalización» de los principales monarcas y héroes del pasado, y de la cultura española, que autores del XIX, de Lafuente a Menéndez Pelayo y de Martínez de la Rosa a Cánovas, llevaron a cabo. De haber atendido mejor a la historiografía anterior a 1936 la autora habría observado que algunos temas históricos de las páginas de *Arbor* (los godos, Fernando el Católico, etc.) tienen notables antecedentes.

La parte más sólida de *España y su historia* la constituyen sin duda los capítulos dedicados a la «generación de 1948» y a sus contactos, narrativas históricas, ideas políticas, y deudas con el tradicionalismo de anteguerra. Allí el lector hallará dibujado un grupo extraordinariamente activo y ambicioso, siempre dispuesto a buscar aliados en la

política y la cultura; un colectivo, asociado al Opus Dei que se movió en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas no sin fricciones con la dirección, que no se conformó con controlar su principal revista, *Arbor*, y que fue diluyéndose entre 1953 y finales de la década. La afición del grupo a la historia, sobre todo moderna y contemporánea, y su apego a ciertos conceptos políticos y tradiciones fueron esenciales para mostrar una imagen actualizada del nacionalcatolicismo, que sirviese a la política franquista y al objetivo trazado de «recatolización» de España y Europa.

No estamos seguros, sin embargo, de que el término «generación de 1948» sea el más apropiado para ilustrar la estrategia política que subyacía al citado grupo y a sus actividades. «Generación de 1948» parece una expresión adecuada para un título brillante, pero como concepto tiende indefectiblemente a exagerar la importancia de la citada revista *Arbor* —el valor historiográfico y la coherencia de sus narrativas históricas incluso—, la cual no debería «medirse» únicamente con las publicaciones coetáneas de la España franquista, sino también inscribirse en el contexto de la historia cultural española del siglo XX, lo que incluye por supuesto a la cultura del exilio.

De hecho el término «generación», pese a ser una expresión surgida y utilizada para examinar la historia intelectual y cultural, no puede evitar su rasgo originario, su componente de autorreferencia y/o memoria política. En el presente caso, el modo que fue acuñado el término «generación de 1948» y sus objetivos deberían de haber bastado para detectar los equívocos que se derivan del mismo y ponerlo en cuarentena. «Generación de 1948» fue una ex-

presión inventada *ad hoc* por Calvo Serer a modo de programa polifuncional del citado catolicismo integrista de vocación europeísta, proyecto altamente excluyente y desdénso de la cultura del exilio y de las tradiciones liberales españolas, que solo atendió a las corrientes europeas más conservadoras (no, por cierto, las más importantes en los años cincuenta), y que se declaró incondicional del llamado «mito de la cruzada de Franco». Cabe preguntarse si, contra lo que creyeron algunos autores, la Guerra Civil no liquidó durante décadas la posibilidad de convertir el

término generación en una verdadera categoría de análisis histórico de la cultura española contemporánea.

Concluimos la reseña recomendando la lectura de *España y su historia*. Con sus aciertos y limitaciones, el interesado en las culturas del franquismo y en la historiografía hallará en este libro un trabajo riguroso y amplio, que ha sabido examinar de un golpe un tema sobre el que ya se había escrito, pero cuyos datos y referentes andaban dispersos, no suficientemente contextualizados y/o necesitados de mayor profundización.

Gonzalo Pasamar

Universidad de Zaragoza
gpasamar@unizar.es

QUAGGIO, Giulia: **Cultura en Transición. Reconciliación y política cultural en España, 1976-1986**, Madrid, Alianza, 2014, 370 págs., ISBN: 978-84-206-8369-0.

No se trata de un libro más sobre la Transición sino de una investigación concienzuda y sólidamente documentada en la que se explica la gestión que los sucesivos gobiernos hicieron de la cultura en la década que la autora, Giulia Quaggio, acota entre 1976 y 1986. El objetivo de analizar el proceso democratizador desde la perspectiva de la cultura es novedoso. Además lo desarrolla con una muy loable claridad estilística y con serenidad interpretativa, pues ni cae en la beatificación del modelo de transición ni tampoco en la denostación anacrónica de aquellos años como causa de los males del presente. Al contrario, la autora reflexiona con ecuanimidad sobre el empeño colectivo de una sociedad que exploró los caminos para alcanzar una reconcilia-

ción que permitiera abrir un futuro de convivencia democrática. En concreto, se desentraña el papel que desplegaron tanto los máximos responsables gubernamentales de las distintas políticas culturales como también los artistas, creadores e intelectuales pues se crearon nuevas instituciones culturales, se propagaron nuevos modelos de creación artística y también se programaron las conmemoraciones y recursos que arrojaron los nuevos valores democráticos. Con todas las dificultades propias de un Estado cuyos anclajes en los modos y poderes amasados durante cuarenta años de dictadura no eran fáciles de desmontar ni de obviar.

Se aborda así, en sucesivos capítulos, la relación entre Estado y cultura y dedica especial atención tanto a las